

QUEROS EN EL MUNDO SUBTERRÁNEO

CUENTO



ANÓNIMO

Érrese una vez tres hermanos, el menor de los cuales llevaba por nombre Queros. Su mujer era muy hermosa y los dos mayores ambicionaban tenerla para ellos. Un día le dijeron a su joven hermano:

–Prepárate para hacer con nosotros un largo viaje.

–De acuerdo, como queráis –les respondió Queros.

Así pues, el día de la partida llamó a su mujer y le dijo:

–Escucha con atención lo que te voy a decir. Mis hermanos y yo tenemos que hacer un viaje por tierras lejanas. No debes inquietarte por ello, sino estar muy alerta y no abrirle la puerta a nadie hasta que yo esté de vuelta y te diga que me abras.

Cuando todo estuvo preparado, los tres hermanos emprendieron la marcha. Después de caminar durante algún tiempo, se detuvieron para descansar y el mayor de los tres le dijo a Queros:

–Hace un sol abrasador y desfallecemos a causa de la sed. Cerca de aquí hay un pozo, pero no tenemos a mano una cuerda con que subir el agua hasta arriba. Como tú eres el más ágil de los tres, serás quien descienda hasta el fondo del pozo.

–De acuerdo –respondió Queros–, pero vosotros deberéis sujetarme bien, pues si me caigo corro gran peligro de ahogarme.





—No te preocupes por eso —le tranquilizaron ellos—, nosotros te sostendremos desde aquí arriba.

De este modo Queros descendió al pozo y les proporcionó el agua a sus hermanos, mas cuando se dispuso a subir, ellos lo soltaron y vino a caer en el mundo subterráneo, sobre la casa de una anciana mujer. Ésta le ofreció hospitalidad y le dijo que podía darle de comer, pero que no tenía una sola gota de agua, pues una terrible *kuçedra*¹ acechaba continuamente junto a la única fuente del pueblo y devoraba allí a una persona todos los días.

Queros se llegó hasta la fuente y vio

cerca de ella a una joven toda afligida que entre sollozos le dijo:

–Mi hermano se casa hoy, pero la *kuçedra* se niega a darnos agua, si no es con la condición de que pueda comerme a mí...

–No te preocupes por eso, ni permitas que el desaliento se apodere de ti –le respondió Queros y, colocando su cabeza sobre las rodillas de la joven, se quedó dormido allí mismo.

Al poco tiempo apareció la *kuçedra*, la muchacha se echó a llorar de nuevo y Queros despertó. Introdujo entonces entre las fauces de la hidra tres ovillos de lana, que se le quedaron atravesados al monstruo en la garganta. A continuación desenvainó su espada y le cortó la cabeza de un solo tajo.

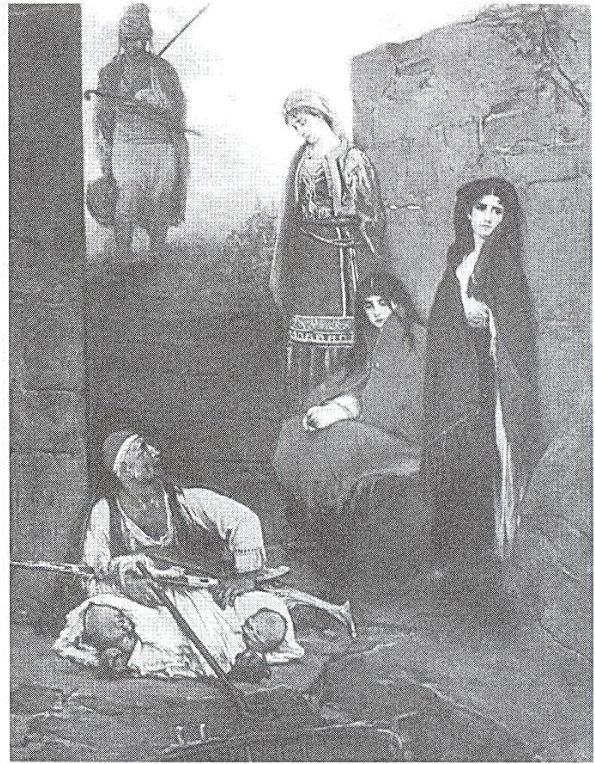
El rey y todos los habitantes del país se regocijaron mucho y quisieron saber qué podían ofrecerle como recompensa.

–Nada, no quiero nada –les respondió Queros–. Tan sólo que me conduzcáis hasta allá arriba, al mundo del que procedo, pues siento nostalgia después de tan larga ausencia.

–Está bien –le respondieron ellos–, pero antes deberás matar a la serpiente que todos los días intenta devorar a las crías de la única águila que tenemos aquí; ella, en recompensa, te transportará hasta tu mundo.

Queros se dirigió hasta el lugar donde el águila tenía su nido, se emboscó a la espera de que hiciera aparición la serpiente, que no tardó en llegar, y acto seguido le dio muerte.

Cuando el águila regresó y vio a sus polluelos sanos y salvos y muerta a la ser-



piente, se puso muy contenta y prometió a Queros que lo llevaría hasta su país, pero antes tendría que proporcionarle doce grandes panes y doce porciones de carne. El joven se los procuró sin tardanza y seguidamente emprendieron el vuelo.

Mas, como el recorrido era largo, las provisiones se acabaron pronto y el águila dijo que no podía continuar el viaje sin tener qué llevarse a la boca y que le sería preciso deshacerse de su pasajero. Entonces Queros se cortó primero las pantorrillas y luego una rodaja de cada uno de sus muslos, y le iba dando los pedazos de carne para que comiera a medida que avanzaban. Al poco tiempo el águila tuvo hambre de nuevo y volvió a pedir más para colmar su insaciable apetito, por lo que el joven Queros le entregó un trozo de su pecho. Algo más tarde le ofreció parte de sus brazos y de su espalda. Sin embargo el águila tenía cada vez más apetito y el viaje parecía interminable. Entonces Queros le dio a comer lo que quedaba de la carne de su cuerpo. Y así, cuando por fin llegaron a nuestro mundo, el viajero no era más que un esqueleto sobre el lomo del águila.

Los chiquillos, que fueron los primeros en reparar en ellos, corrían y se agitaban gritando: “¡Mirad, mirad! ¡Un cadáver y un pájaro que vuelan juntos!...”



1. Especie de hidra de muchas cabezas, frecuente en los cuentos albaneses. Como muchos de sus congéneres fabulosos, sus características y proceder varían de un cuento a otro.

En la antología *Cuentos populares albaneses*, aparecida en Miraguano Ediciones en 1994 y preparada por mí, figura este cuento, que aquí incluyo con algunas variaciones. R.S.L.

